



AÑO IV

← BARCELONA 28 DE SETIEMBRE DE 1885 →

Núm. 196

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALBORADA



SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL EXCMO. SR. D. CÁRLOS IBAÑEZ É IBAÑEZ DE IBERO (*conclusion*).—EL TIESTO DE CLAVES, por don F. Moreno Godino.—IR POR LANA... (*conclusion*), por don Ramon de Novelda.—CARIDAD DEL BRONCE, por don José de Siles.

GRABADOS: ALBORADA.—JÓVEN NUBIA, cuadro por N. Sichel.—EL ÚLTIMO AMIGO, dibujo por Mariano Fortuny.—REGRESO DE LA FAENA, cuadro por Jonnard.—LO MEJOR DE LA COLECCION, cuadro por E. Lerche.

NUESTROS GRABADOS

ALBORADA

No es fácil que un paisaje, falto del auxiliar del color, pueda dar idea del pensamiento que ha querido reproducir el artista. Los objetos reales de ese paisaje, árboles, agua, peñas, hasta la atmósfera, son unos mismos á todas horas del día; lo que califica esas horas, lo que expresa, digámoslo así, el asunto, es el tono, es el color que revisten esos objetos, según el momento de su contemplación. Así el medio día contrasta con la noche, así las tintas del sol que nace no son, por cierto, las mismas tintas del sol que muere. Todo efecto de los cambiantes de luz, todo efecto del color.

A pesar de todo, el paisaje que reproducimos está tan bien entendido; conoce su autor tan perfectamente los efectos de luz, que aun por medio de un simple grabado, pero grabado de primer orden, ha encontrado manera de hacer comprender su pensamiento. Esa atmósfera transparente en todos los términos del cuadro, esa agua tranquila, ese cielo con nubes que nada tienen de amenazadoras, esos árboles que pueden apreciarse hasta en sus más mínimos detalles, no pueden corresponder sino al momento de la alborada, esa hora que constituye lo que pudiéramos llamar la infancia del día, y que, como la infancia, es alegre, risueña, simpática.

Un aplauso al autor y otro al grabador de ese cuadro: uno y otro han vencido grandes dificultades de ejecución.

JÓVEN NUBIA, cuadro por N. Sichel

Fama de mujeres hermosas tuvieron las mujeres nubias en el antiguo Oriente y por cierto no era usurpada esa fama si el ejemplar de nuestro grabado es retrato de alguna de esas jóvenes que en nada han perdido el tipo de sus orígenes.

Y en verdad que, bien examinada esa mujer, no es posible confundir su belleza varonil con la de la belleza, bastante enclenque, de la mujer europea. ¿En qué consistirá que mientras ese Oriente, ese Egipto tan famoso en otro tiempo, ha degenerado hasta lo inconcebible, sus hijas de la Nubia conservan todos los caracteres físicos de sus remotas predecesoras? ¿Será que, á puro petrificarse todo en ese pueblo, se petrificaron asimismo sus razas?

Cualquiera que sea la explicación, es indudable que la actual hija de la region fronteriza de Egipto y de la Abisinia parece la animación de una de esas esfinges que constituyen uno de los ejemplares más misteriosos del misterioso arte egipcio. El autor, tan afortunado como Pigmalion, ha conseguido dar vida á la materia inerte, y por cierto que fuera disculpable si, como el escultor de Chipre, se hubiera enamorado de su obra. No diremos que esto haya sucedido; pero si el pintor Sichel ha copiado su joven nubia del natural, no debe haberla olvidado fácilmente.

EL ÚLTIMO AMIGO, dibujo por Mariano Fortuny

Quando la Iglesia reza por alguno de sus hijos difuntos, profiere aquellas palabras de Jesucristo, sublimes y exactas como todas las del Redentor.

—Los que mueren en mí, no mueren eternamente,—es decir, los que mueren siguiendo mis preceptos, los que mueren abrazados á mi bandera, los que mueren profesando puramente mi doctrina, no mueren para siempre.

El arte pudiera, como el divino Maestro, decir otro tanto.

—Los que mueren en mí, los que me han rendido ferviente culto, los que forman parte de aquellos pocos escogidos entre tantos como se creen llamados; los que en sus obras reflejan el *quid divinum* que constituye la sublimidad del genio, no mueren para siempre: sus obras son seguro de su inmortalidad.

Así Fortuny no ha muerto; así el que sorprendió, no sólo el secreto del dibujo, sino el secreto de la luz; el que, más afortunado que Icaro, robó al sol una parte de su calor para comunicárselo á sus cuadros, no ha perecido, ni perecerá; y cada vez que se haga público un dibujo suyo, cada vez que artistas y profanos puedan deleitarse en la contemplación de una de sus obras, resucitarán mentalmente á Fortuny, tan joven, tan apuesto, tan verdaderamente ungido por la divinidad del arte.

La ILUSTRACION ARTÍSTICA, que encabezó su publicación con un dibujo del malogrado pintor reusense, cree vestirse de gala cada vez que, como en el presente número, honra sus páginas con una obra maestra del inmortal autor de la *La Vicaría*.

REGRESANDO DE LA FAENA, cuadro por Jonnard

Los que, por dicha ó desdicha, vivimos la vida de las grandes poblaciones, no acertamos á comprender la existencia de la campesina, que nunca ha visto un figurin,

ni ha asistido á una grande soirée, ni siquiera ha oído á Gayarre cantar *La Favorita*.—¿Es posible, exclamamos, la vida en semejantes condiciones?

Sí, señores, es posible; y no tan sólo es posible sino que tiene sus encantos. Los cantó en la antigüedad el gran Virgilio, que ciertamente no era rana; y los han cantado posteriormente autores tan célebres y acostumbrados al bullicio del mundo como Rousseau y Florian, como Lamartine y Melendez, como Walter Scott y el inimitable Mistral.

Jonnard, que dista mucho de ser un vulgar artista, ha compuesto también su idilio; y aun cuando la escena de esa mujer labriega, que se retira del campo despues de un día de ruda faena, no es para tentar á ninguna damisela, hemos de confesar que no deja de tener su encanto y que este encanto va mucho más recto al corazón que el estreno de un artista ó un baile en el gran mundo.

LO MEJOR DE LA COLECCION, cuadro por E. Herche

Suntuosa es la estancia del prelado: éste colecciona objetos realmente preciosos y quizás pudiera aplicársele aquel dicho de Napoleon I á cierto obispo á quien sorprendió comiendo en vajilla de plata.

—Majestad, es el patriotismo de los pobres...—dijo el obispo.

—Monseñor,—contestó Napoleon—hubierais hecho bien aborrándoles la mano de obra.

El prelado del cuadro, con el ademán satisfecho de la vanidad halagada, enseña á dos inteligentes una riquísima pieza de porcelana, quizás uno de esos ejemplares de Sèvres que igualan á sus símiles del extremo Oriente en viveza y permanencia de colores y los superan en buen gusto. El objeto mostrado produce todo el efecto apetecible: los amigos de monseñor, sin duda coleccionistas como él, se dan por vencidos.

En esta composición, aparte la riqueza de detalles, es notable la expresión de los personajes y la naturalidad de las actitudes.

EL EXCMO. SR. D. CÁRLOS IBAÑEZ É IBAÑEZ DE IBERO

MARISCAL DE CAMPO, DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO

(Conclusion)

XII

Pero si de los trabajos geodésicos en que tanto se ha distinguido el general Ibañez pasamos á otros no menos importantes, á los relativos á la metrología de precisión, vemos también á nuestro compatriota desempeñando la Presidencia de la Comisión internacional de pesas y medidas en que tantos y tan señalados servicios ha prestado á la ciencia y á la civilización.

En 1870, el gobierno español le nombró delegado en la Comisión encargada de determinar el metro y kilogramo internacionales. Los ilustres sabios que componen esta Comisión, eligieron por unanimidad al general Ibañez para presidirlos: honrosa distinción debida á su reconocida competencia, actividad, especiales dotes y relevantes prendas personales. Las grandes dificultades que desde su elevado puesto ha tenido que vencer, debidas unas á respetables susceptibilidades de algunas naciones sobre la organización, neutralidad é independencia de la oficina internacional de pesas y medidas, y otras para llevar á cabo la fijación de la unidad de medida con carácter universal y por la materia de que habían de ser construidos los tipos internacionales, le hicieron ver cuán difícil sería poder salvar los obstáculos que se acumulaban para el libre ejercicio de las funciones de la Comisión; pero el general Ibañez, con su enérgica palabra y el legítimo ascendiente que había adquirido, decidió á los delegados de los gobiernos á pedir una conferencia diplomática, que tuvo lugar en 1875, á la que asistió como plenipotenciario del Rey, donde se firmó un convenio internacional por los representantes diplomáticos de Europa y América que representaban una población de 400 millones de habitantes, convenio que asegura la satisfactoria terminación de esta elevada y civilizadora obra en que todos se han comprometido é interesado, y cuya utilidad no es necesario encarecer por las interesantes aplicaciones que á las artes, al comercio, á la industria y á la ciencia en general ha de reportar.

Para dar una idea de las dificultades que el entonces brigadier Ibañez tuvo que vencer para llevar á cabo la creación de la oficina internacional de pesas y medidas, véase lo que á propósito de este particular dijo á nuestro ministro de Estado el embajador de S. M. en París.

«En diversos despachos he ido dando cuenta á V. E. de la tramitación que ha llevado la conferencia diplomática de pesas y medidas desde su primera reunión, y creo que hoy, que está definitivamente resuelto el objeto que la motivó, no estará demás que envíe á V. E. una ligera reseña de los pasos que ha seguido este asunto.

»La organización internacional propuesta en 1872 por la comisión del metro, formada de delegados científicos de los gobiernos interesados, no se llevó á cabo en todas sus partes; y precisamente la más esencial, la clave del sistema, que era la creación de la oficina internacional de pesas y medidas costeada y administrada por todos los gobiernos, quedó por completo abandonada. Todos los esfuerzos que había hecho el delegado español fueron inútiles para llevar á buen fin el objeto que el gobierno

de Madrid se propuso al confiar este delicado asunto al brigadier don Carlos Ibañez, cuyo incansable amor á las ciencias le ha hecho abandonar en diversas ocasiones su país para lograr su propósito. En vano trabajó aquí con los individuos facultativos del Conservatorio de Artes y Oficios; en vano se asoció con los sabios extranjeros para persuadirlos de las ventajas que la tal oficina había de proporcionar á todas las potencias: sus esfuerzos se estrellaron contra la influencia, que necesariamente habían de ejercer en este país los jefes del Conservatorio, que veían escapárseles de la mano la autoridad ejercida hasta entonces por ellos en estas materias. Mas no se hicieron esperar largo tiempo los resultados de haber desaparecido un conjunto armónico y detenidamente elaborado: las grandes naciones del continente europeo se abstuvieron de hacer los pedidos de metros y kilogramos, hasta que se hubiese creado la oficina internacional proyectada; sus delegados científicos no acudieron á las convocatorias del presidente, notificando, de orden de sus respectivos gobiernos, que no tomarían parte alguna en los trabajos de la comisión, hasta tanto que no hubiera tenido lugar la creación de la oficina mencionada. La presidencia del comité permanente, que el delegado español ocupaba desde su origen en 1872, se encontró ya en 1873 en una situación grave: de las naciones continentales, más interesadas todavía en la cuestión bajo el punto de vista geodésico, estaban retraídas de la acción común, la Alemania, el Austria-Hungría, la Italia, la Rusia y la Suiza: los acuerdos del comité, aunque legales, carecían por lo tanto de la fuerza moral y científica suficiente para llevar á feliz término los vastos trabajos de observación y de cálculo encomendados al comité; carecía este de los recursos necesarios, y en fin, todo contribuía á debilitar la representación internacional de la Asociación, que era el comité permanente compuesto de doce delegados elegidos por todas las naciones asociadas.

»A este estado habían llegado las cosas y tal era la falta de inteligencia en el seno de la comisión, que sus trabajos daban escaso resultado, cuando el activo é inteligente delegado español, que conocía á fondo las opiniones de sus colegas y la influencia que sobre ellos podía ejercer en un momento dado, presentó una proposición, que fué aprobada por unanimidad, pidiendo al gobierno francés que convocase una conferencia diplomática llamada á resolver definitivamente la organización que conviniera dar á todos los trabajos relativos á los nuevos tipos del metro y del kilogramo.

»Cuando un año despues se reunió el comité obedeciendo á un precepto reglamentario, se dió cuenta de que el gobierno francés no había convocado la conferencia diplomática, habiéndose concretado tan sólo á preguntar á los diversos gobiernos, si estaban dispuestos á hacerse representar en ella.

»Una vez más el delegado español dió pruebas de la fe que le animaba y sin descorazonarse por las muchas dificultades que se le ofrecían á cada paso, presentó una nueva proposición pidiendo al gobierno francés la convocatoria en breve plazo de la citada conferencia diplomática, añadiendo que el comité se abstendría de reunirse hasta tanto que aquella hubiera tenido lugar.

»Esta segunda proposición, aprobada por el comité permanente en octubre de 1874, y comunicada al duque Decazes por el mismo brigadier Ibañez, dió por resultado la reunión de la conferencia, cuyos acuerdos han de ejercer poderosa influencia en esta obra científica y de civilización. Aquella se reunió por vez primera en 1.º de marzo, y despues de pocas sesiones se firmó anteayer 20 por diez y siete Estados, el tratado, del que tengo la honra de remitir á V. E. adjunto el ejemplar que acabo de recibir.

»No debo concluir este despacho sin manifestar á V. E. el celo, actividad é inteligencia con que el plenipotenciario brigadier don Carlos Ibañez, ha trabajado desde su origen para dar cima á este importante asunto, el tacto y cordialidad con que siempre ha tratado y á veces conseguido atraer á sus ideas los delegados morosos de las otras potencias interesadas hasta conseguir el triunfo de las instrucciones que en febrero último nos comunicó á él y á mí el gobierno de S. M. En prueba de estos asertos sobre la persona del brigadier Ibañez y del buen concepto de que goza entre sus colegas, me refiero á la elección que últimamente hicieron estos, nombrándole presidente del comité internacional por unanimidad, elección que comuniqué al gobierno por telégrafo y V. E. autorizó para que aceptase.

»Ruego á V. E. que si lo cree conveniente, se sirva dar conocimiento de este despacho al señor ministro de la Guerra para que conste en la hoja de servicios del brigadier Ibañez, y al señor ministro de Fomento, por depender el delegado de aquel ministerio como director general del Instituto Geográfico y Estadístico.»

XIII

Asentada firmemente la base fundamental de un verdadero sistema uniforme de pesas y medidas en Europa y América, en virtud del citado convenio, quedaba la dificultad cardinal de no existir prototipos del metro y del kilogramo de suficiente precisión científica y universalmente reconocidos: dificultad que vino á resolver la comisión internacional por consecuencia del mismo convenio, construyendo en París, con los recursos de las naciones signatarias, un edificio dotado del personal y material necesarios para determinar los prototipos, y asegurar su perfecta conservación y comparar con ellos los tipos nacionales.

Respecto del establecimiento de que acabamos de hacer mencion, se expresa el señor Embajador de S. M. en Paris, en despacho al señor ministro de Estado, en los siguientes términos:

«El comité internacional de pesas y medidas fundado por la conferencia diplomática del metro en el año de 1875, se ha reunido desde hace algunos días en Breteuil cerca de Sèvres con objeto de celebrar sus sesiones reglamentarias.

»Invitado oportunamente, he tenido la satisfacción de visitar el edificio en que ha sido instalado dicho comité internacional, al mismo tiempo que otras muchas personas, y entre ellas el antiguo ministro señor Dumas, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias; el señor Baguaux, director en el ministerio de Agricultura y Comercio; el conde de Wesdehlen, encargado de negocios de Alemania; el señor Borel, director del Comité de la Union postal en Berna, y en fin, el señor Bischoffsheim que acaba de hacer un importante donativo al establecimiento.

»Del examen de la rica coleccion de instrumentos de precision y de aparatos curiosísimos que sirven para los trabajos y observaciones del referido comité, no me creo en el caso de dar cuenta á V. E., pues para ello se requieren conocimientos de que yo carezco, y me limito solamente á llamar la atencion de la superioridad sobre lo honroso que es para la nacion el ver á un español, al distinguido general Ibañez, ocupar la presidencia de una comision científica compuesta de representantes de diez y seis Estados de Europa y América.»

Posteriormente se han adherido al convenio firmado por los plenipotenciarios de la conferencia diplomática que tuvo lugar en Paris en 1875, los Estados de Servia, Rumania é Inglaterra, representando en junto la citada Asociacion internacional una poblacion de 450 millones de habitantes.

XIV

Al fallecimiento del Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan, que por espacio de tantos años habia ocupado la presidencia de la comision permanente de pesas y medidas de España, fué nombrado el general Ibañez á principios de 1879 para reemplazarle, quedando unido al referido cargo el de director general del Instituto Geográfico y Estadístico, á cuya direccion se confiaba, desde ese momento, todo lo relativo á las pesas y medidas y muy principalmente el establecimiento del sistema métrico decimal en España.

XV

Volviendo á tomar el hilo de la biografía que reseñamos, vemos que por cuatro decretos de S. A. el regente del Reino fué nombrado vocal de las siguientes comisiones: de la de division territorial de la Península en lo judicial, de la Junta consultiva de Estadística, de la permanente de pesas y medidas, de la que hoy es presidente, y de la de exposiciones de Bellas artes, industria é inventos científicos que se habian de celebrar anualmente en Londres.

En 10 de noviembre de 1871 fué promovido al empleo de brigadier en recompensa de sus eminentes servicios.

En este año se publicó de real orden el tomo tercero que habia escrito sobre los trabajos geodésicos de España efectuados por él ó bajo su inmediata direccion, titulado: «Descripcion geodésica de las islas Baleares», y en febrero del año siguiente, en atencion á sus dilatados y valiosos servicios científicos y á los prestados por la reciente obra publicada le fué otorgada la gran cruz de Isabel la Católica.

Fuó nombrado vocal de la comision encargada de promover y dirigir la concurrencia de objetos á la Exposicion universal de Viena, como tambien en su día lo fué de las que se celebraron en Filadelfia y Paris, y para esta última fué nombrado tambien vicepresidente de la comision general española para organizar los trabajos correspondientes al 2.º grupo de la clasificacion general.

En atencion á sus méritos y como comprendido en el párrafo 9.º del artículo 6.º del reglamento de 18 de julio de 1871, le fué concedida la gran cruz de la orden civil de María Victoria de conformidad con el dictámen de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.

XVI

Dedicado el general Ibañez á los trabajos geodésicos, desde su comienzo, como jefe de ingenieros, habiéndose proyectado por él y construido bajo su direccion el gran aparato de medir bases con el que llevó á cabo la medicion de la base central de Madrilejos en union de otros distinguidos jefes y oficiales facultativos, ideado el nuevo aparato que lleva su nombre, y acreditado sus especiales conocimientos con su celo científico y su incansable actividad, era natural que el gobierno español al querer impulsar los trabajos de este ramo de la ciencia y de la administracion le consultase sobre la organizacion de una dependencia como el Instituto Geográfico, y despues le colocase á su frente, nombrándole por decreto de 12 de setiembre de 1870, director del mencionado instituto. A él debe su creacion este importante establecimiento. El gobierno adoptó su proyecto, le planteó en todos sus pormenores, y ha sido respetado y favorecido por todos los ministros que desde entonces se han sucedido, viniendo poco despues á convertirse en la actual direccion general del Instituto Geográfico y Estadístico de la que fué nombrado por decreto de 12 de marzo de 1873, y de

cuyo centro directivo se han ocupado nuestras cámaras en diferentes ocasiones para tributarle merecidos elogios por los beneficios de todo género que al país aporta.

A su iniciativa se debe tambien la creacion y actual organizacion de los cuerpos de topógrafos y de estadística, en los cuales se ingresa siempre mediante libre oposicion, verificándose por la última categoría de oficiales y por la última de topógrafos en el primer cuerpo y por la última de auxiliares en el segundo. Los ascensos se confieren por rigurosa antigüedad.

Hay otro personal que presta sus servicios en el Instituto Geográfico y Estadístico, creado tambien en virtud de la iniciativa del general Ibañez. Nos referimos á los auxiliares de geodesia que hacen además las utilísimas nivelaciones de precision establecidas por el mismo General, se encargan de los mareógrafos y estaciones meteorológicas, construidos recientemente por el mencionado instituto en los puertos de Alicante, Cádiz y Santander. Este personal, procedente de la clase de sargentos y cabos de todas las armas é institutos del ejército, ingresa mediante oposicion por la última categoría de las tres en que están divididos. Los ascensos se confieren por rigurosa antigüedad, existiendo la postergacion como en los cuerpos de Topógrafos y de Estadística.

XVII

En mayo de 1873 fué nombrado individuo de la comision creada por decreto de la misma fecha, para determinar el máximo y el mínimo de los terrenos desamortizables, procedentes de baldíos, realengos, propios y concejiles.

En 28 de noviembre fué nombrado representante de España en el comité de honor del Congreso internacional de ciencias geográficas que debia reunirse en Paris en 1875.

Por real orden de 23 de octubre de 1875, queriendo S. M. dar al general Ibañez una prueba de su real aprecio y atendiendo á las especiales circunstancias que concurren en este oficial general de ser *una de las glorias científicas de España*, tuvo á bien concederle, por gracia especial, el uso del uniforme del Cuerpo de ingenieros, á propuesta del mismo Cuerpo representado por su director general.

Por real decreto de 19 de diciembre de 1876 fué nombrado vocal de la Junta Consultativa de aranceles y valoraciones, como director general del Instituto Geográfico y Estadístico.

XVIII

Pero si en los trabajos geodésicos, topográficos y metrologicos de precision ha brillado el general Ibañez como estrella de gran magnitud, tambien ha llevado su talento y su poderosa iniciativa á los estadísticos.

En 1876 fué nombrado delegado de nuestro gobierno para representar á España en el Congreso internacional de estadística que aquel año debia celebrar sus sesiones en Budapest.

A él asistió nuestro delegado; y aunque el nombre de España estaba dignamente representado, y al general Ibañez se le confirió una de las vicepresidencias, nada pudo presentar á aquel Congreso, referente á este ramo de los conocimientos humanos, porque las convulsiones políticas que habíamos sufrido, no habian permitido hacer ningun trabajo de conjunto. Pero el general Ibañez sacó partido de la comision que se le confió; pues á su vuelta, escribió una importante Memoria dando cuenta de los debates y acuerdos tomados en aquel Congreso, y el gobierno resolvió que se publicase en la *Gaceta de Madrid* tan valioso escrito por las materias tratadas relativas á los variados temas del programa, y que se hiciera una edicion especial para contribuir á la difusion de esta clase de conocimientos, útiles á la administracion y á los hombres de ciencia.

En el mismo año de su ida á Budapest se debió á su iniciativa la creacion en España de un cuerpo de estadística, como base para emprender los trabajos que con urgencia reclamaba la administracion del Estado. Diez y siete años hacia, desde 1860, que en nuestro país no se habia llevado á cabo ningun censo general de los habitantes. El general Ibañez, una vez distribuido convenientemente el nuevo personal en las provincias, y montadas sus oficinas, emprendió la obra de hacer un recuento general de la poblacion, no ya en la Península é islas adyacentes, como en 1860, sino que comprendiese tambien á nuestras provincias y posesiones de Ultramar. La operacion se llevó á cabo en 31 de diciembre de 1877, y poco despues se publicó un libro conteniendo los resultados generales, pudiéndose apreciar el aumento de poblacion, sólo en la Península, de cerca de un millon de habitantes. Se han publicado ya los dos tomos en folio que son un verdadero monumento sin el cual nada se puede hacer en diferentes ramos de la administracion. En el prólogo de esta obra propone que, á semejanza de lo que se practica en todas las naciones civilizadas, se haga igual trabajo de diez en diez años.

Tambien se ha publicado bajo su direccion el movimiento de la poblacion en el decenio de 1861 á 1870, un Nomenclátor general de las ciudades, villas, lugares y aldeas de las cuarenta y nueve provincias de España, y se están recogiendo datos para otras publicaciones estadísticas de suma importancia.

La direccion general de su cargo, lleva publicados cinco gruesos volúmenes de sus Memorias científicas, y se halla en prensa el tomo VI de las mismas.

Pero la obra capital, la que más plácemes ha valido al

Instituto Geográfico y Estadístico de los hombres de ciencia, la que perpetuará la memoria de su director general, es el gran mapa topográfico de la nacion en escala de 1 : 50,000. Hace algunos años que empezó su publicacion á cuya obra prestan su concurso distinguidos jefes y oficiales de artillería, ingenieros y estado mayor, ingenieros de caminos, de minas y de montes, cuerpo de topógrafos y auxiliares de geodesia. Veinticuatro hojas de esta magnífica publicacion nacional han visto ya la luz pública.

El Instituto Geográfico y Estadístico ha concurrido á los certámenes, y Congresos científicos que han tenido lugar en Viena, Filadelfia, Paris y Venecia. Para lo relativo á España, fué nombrado el general Ibañez promovedor y organizador de la Exposicion de Venecia, y por la comision italiana fué investido con el cargo de individuo del Comité de Honor. En todos estos concursos del saber ha obtenido el Instituto los primeros premios por los trabajos que ha presentado, como tambien los ha obtenido el general Ibañez por sus publicaciones particulares.

XIX

En 13 de agosto de 1877, obtuvo la gran cruz y placa de la orden militar de San Hermenegildo, con la antigüedad de 13 de julio de 1876. De modo que en esta fecha contaba el general Ibañez 40 años de oficial y de inmaculados servicios.

En el mismo año de 1877, atendiendo á sus especiales circunstancias, á sus dilatados servicios y muy especialmente á los prestados como director general del Instituto Geográfico y Estadístico, fué promovido á mariscal de campo en turno correspondiente á propuesta del señor ministro de la Guerra.

La Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, le abrió sus puertas en 11 de mayo de 1861; y en 1878 por el fallecimiento del Excmo. Sr. D. Antonio Terrero, fué elegido presidente de la seccion de ciencias exactas, importante cargo que continúa desempeñando.

Su Majestad el Rey de Italia, á propuesta espontánea de su gobierno, le condecoró, como prueba de su aprecio por los importantes servicios científicos de carácter universal, debidos á su iniciativa y constantes estudios y especialmente por la union geodésica de África con Europa, con la gran cruz de la Corona de aquella nacion, así como habia sido agraciado años atrás por iguales causas con la encomienda de la Corona de Prusia.

Aunque el general Ibañez se ha dedicado preferentemente á los trabajos geodésicos, metrologicos y estadísticos puestos bajo su direccion, no por eso ha dejado de seguir paso á paso todo lo referente al ejército y cuanto con él se relaciona. Buena prueba de ello ha dado con el importantísimo estudio que hizo en 1882 por encargo especial del entonces ministro de la Guerra, capitán general de ejército D. Arsenio Martinez de Campos, de la demarcacion de las zonas militares para situar las reservas y depósitos de todas las armas del ejército, publicando un voluminoso libro en folio acompañado de un mapa con la division del territorio, marcando la capitalidad de los batallones y situacion de las compañías, haciendo que cada batallon de infantería de reserva y su correspondiente de depósito, así como cada regimiento de caballería de reserva y cada escuadron de depósito, tuvieran señalada una demarcacion territorial determinada, por la densidad de la poblacion, la orografía del país, la facilidad de las comunicaciones, la importancia militar de ciertas comarcas y centros de poblacion y aun los elementos de riqueza, especialmente en ganados de silla, carga y arrastre.

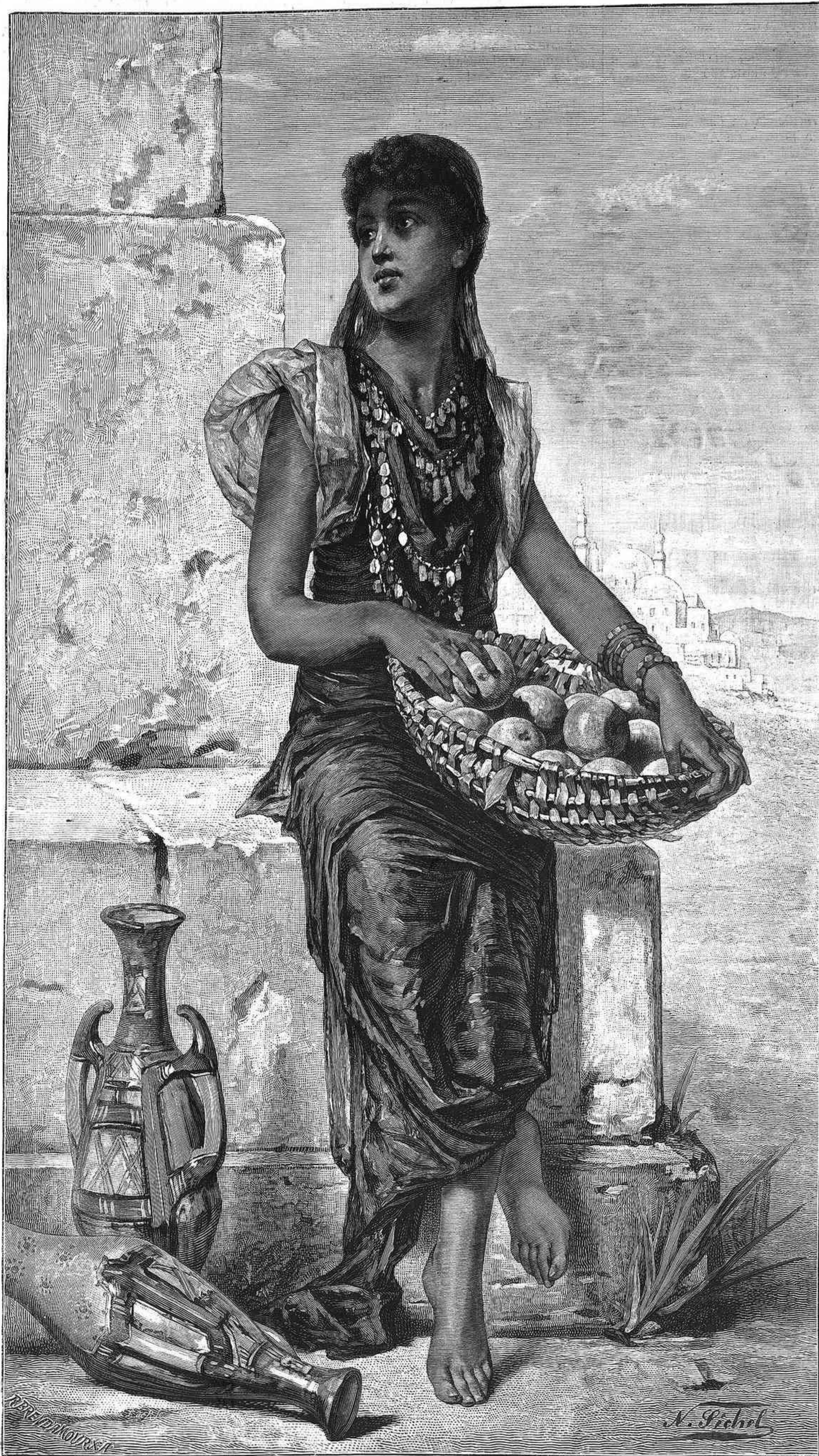
Aprovechando el inmenso acopio de datos y de estudios hechos para llevar á cabo un trabajo de la clase del que dejamos apuntado, formó el general Ibañez un mapa de España con los cálculos, observaciones y noticias geográficas más recientes, en una hoja y escala de 1 : 1500000 mandado publicar de real orden, con objeto de difundir el conocimiento de nuestro territorio, en razon á su gran utilidad y provechosas aplicaciones del mismo.

Bien conocidos son los servicios prestados á la ciencia geodésica y á la metrología de precision por el general Ibañez, no sólo en España sino en el extranjero, y varios soberanos se han dignado agraciarlo con distinguidas condecoraciones de sus países. Así lo han hecho últimamente los de Rumania y Portugal, concediéndole el primero la gran cruz de la Corona de aquel país y el segundo la gran cruz de la orden de la Concepcion de Villaviciosa, condecoraciones que el general Ibañez estima en sumo grado, por la espontaneidad con que han sido otorgadas.

Por real decreto de 23 de enero de 1883, refrendado por el señor ministro de Estado y de acuerdo con el consejo de ministros, le fué concedida la gran cruz de Carlos III.

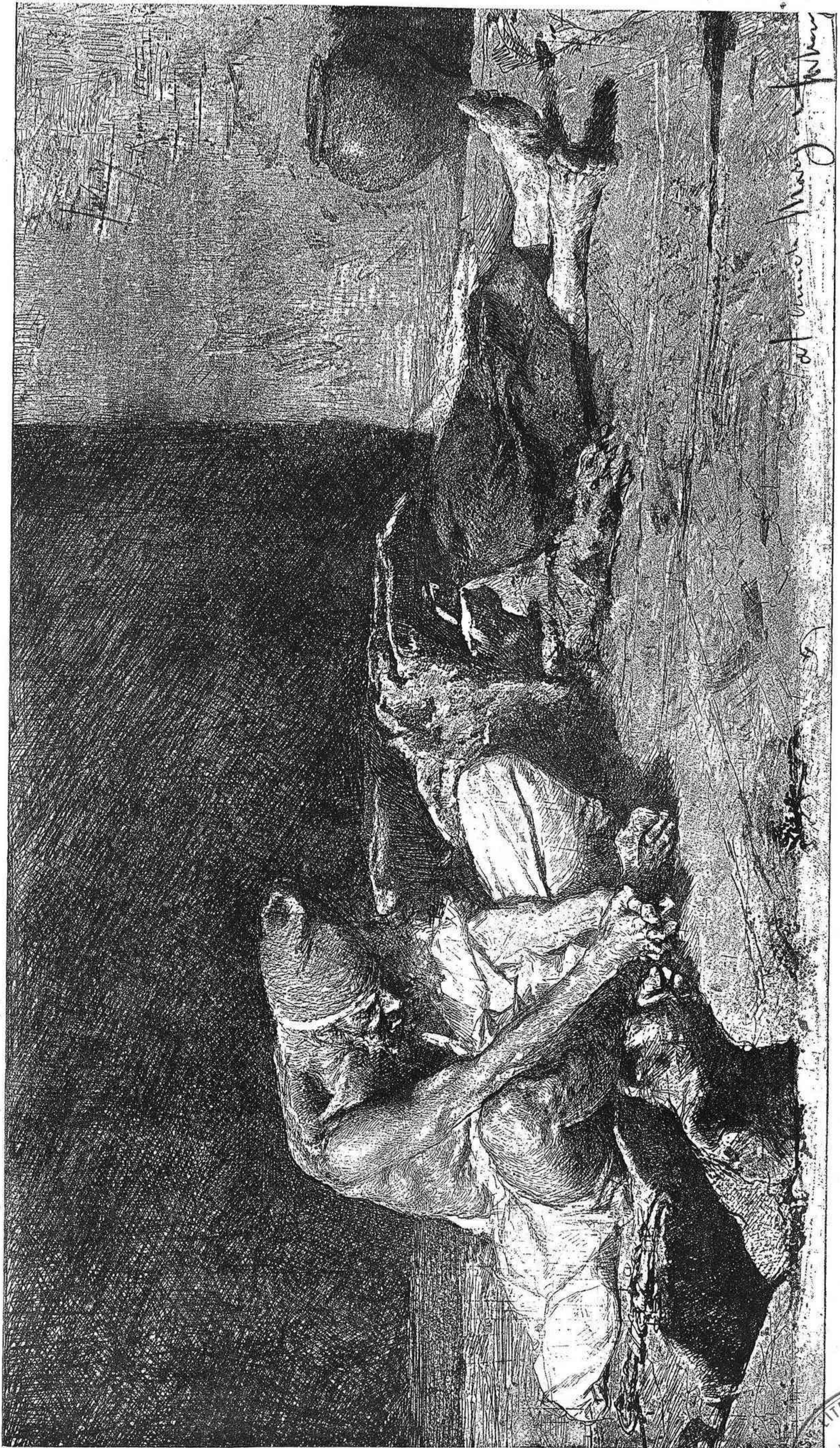
Por otro real decreto de 19 de noviembre de 1883, refrendado por el señor ministro de Estado, se le confirió el honroso cargo de presidir la comision de examen de límites entre las Repúblicas de Colombia y Venezuela, para presentar á S. M. el Rey, como juez árbitro, un informe redactado con arreglo á las bases consignadas en el tratado ajustado en Caracas por los plenipotenciarios de ambas Repúblicas, en cuyo estudio se ocupa en la actualidad, sin que por ello deje en lo más mínimo de prestar su perseverante atencion y de dedicarse con su acostumbrada actividad á los servicios puestos bajo su direccion.

Mucho pudiéramos hablar todavia sobre la multitud de importantes artículos, informes, discursos académicos, etcétera., etc. dados á luz por nuestro biografiado; pero no



JÓVEN NUBIA, cuadro por N. Sichel





EL ÚLTIMO AMIGO, dibujo por Mariano Fortuny, dedicado á su amigo el pintor D. Tomás Moragas



lo hacemos por ser bien conocidos del mundo científico.

Tal es, trazada á grandes rasgos, la laboriosa vida de este ilustre General que, hallándose en la plenitud de las fuerzas, ha de recoger aún abundantes laureles para honra suya y bien de la ciencia.

EL TIESTO DE CLAVELES

I

—El otro día, comiendo, oí al Príncipe de Asturias hablar de un cazador furtivo que os da mucho que hacer, y á quien no podeis atrapar; pero no fijé mi atención; ¿qué hay de esto, Santiago?

—Una cosa incomprensible, señor, y que nos tiene locos.

—A ver, hombre, dí.

—Pues es el caso, señor, que hace más de mes y medio anda por estos contornos un duende, pues no puede ser otra cosa, cuyos disparos oímos, cuya huella vemos, sin que jamás podamos dar con él. V. M. sabe que nosotros tenemos jurisdicción, no sólo en esta posesión Real, sino que también en los términos de Alcorcon, Móstoles, Villaviciosa y Pozuelo; pues bien, en todas partes caza ese *quidam* impunemente, desesperando y humillando á los cuarenta hombres que estamos al servicio de V. M.

—¿Cómo es eso, Santiago, tú tan hábil, tan conocedor del terreno?

—Pues ahí verá V. M. Yo he servido en el ejército, nunca nadie ha tenido que enseñarme mi obligación, y ahora un mono se burla de mí y de mis compañeros. No se pasan tres días sin que oigamos los tiros de su escopeta, ó veamos las señales de su red ó de sus lazos, y por más que hemos redoblado nuestra vigilancia y organizado batidas de día y de noche, ese tuno se escapa de nuestras manos como una codorniz de entre una malla rota.

—Vaya, hombre.

—Sí, señor, y lo más extraño, lo más inaudito, es que no se limita á cazar en las afueras, sino que penetra aquí, en la Real Casa de Campo.

—¡Hola, hola! pues eso es grave.

—Sí señor, aquí dentro, y no deja títere con cabeza. La otra noche, el guarda Murviedro estuvo á punto de atraparlo. Vigilaba en el tercer cuartel, oyó disparos, acudió, vió á un hombre que huía, le persiguió acorralándole junto á una tapia, pero al llegar á ésta le perdió de vista.

—¿Saltó la pared?

—No señor, se salió por la reja de un vertedero, cuyos hierros encontramos falseados. Es un demonio.

II

—Pero ¿sospechais quién sea?

—No sospechamos, tenemos casi la certeza, y Murviedro la ha confirmado en la noche de que hablo á V. M.

—¿Quién es, pues?

—No sé si V. M. habrá reparado en una casucha aislada que hay á la izquierda del camino de Alcorcon, entre el arrabal y las ventas.

—Creo que sí.

—Pues bien, hace dos ó tres años la habitan una mujer á quien llaman Paca la viuda, y un hijo suyo, de nombre Valentin. Se dice que el marido de la Paca había sido contratista de provisiones ó cosa así, que se arruinó, muriéndose de tristeza, y que la viuda se vino á esa casucha, que es lo único que la queda y además una huerta tan grande como un pañuelo, en la ribera del Manzanares.

—¿Y suponeis que Valentin es el cazador?

—Sí señor.

—Pero ¿con qué fundamento?

—Con varios, señor. La viuda y el hijo apenas tienen de qué vivir. Él cultiva la huerta que, á todo subir, producirá mil reales al año; ella vende vino y aguardiente á la puerta de la casa, y estas cosas no dan para comer bien y andar bien vestidos.

—Contarán con otros medios.

—Ya lo creo, con todas las piezas de caza de dos leguas á la redonda, incluidas las pertenecientes á V. M. He indagado, señor, y no hablo á tontas ni á locas. Valentin y su madre comen conejos, liebres y perdices, Valentin vende en los lavaderos y en el arrabal de San Isidro del Campo, perdices, liebres y conejos, y no serán pocos los que entren en Madrid, porque tiene buenas relaciones con matuteros.

—Si eso es verdad, los indicios son vehementes.

—Yo soy un hombre de bien y no me gusta desacreditar á nadie; pero el rastro no falla, señor. Me he quejado al *Alcalde de Afueras*, y me ha dicho que no quiere ni puede proceder contra Valentin por sospechas más ó menos fundadas; que le cojamos *in fraganti* y entonces será otra cosa.

—Y ha dicho muy bien. Lo mismo te advierto yo. Nada de violencias. Cogedle, pero si es posible sin causarle daño. No obstante tu justo enojo, mi buen Santiago, me son simpáticos esa viuda y ese hijo que quizá han conocido mejores tiempos.

Los interlocutores del diálogo antecedente eran el rey de España, don Carlos IV, y Santiago Ramirez, guarda mayor de la Real Casa de Campo. El débil y bondadoso monarca, huyendo del semillero de intrigas que hacían brotar en el Palacio de Madrid una esposa *ligera* y un príncipe ambicioso y casi rebelde, gustaba de dar largos

y solitarios paseos para distraerse ó entregarse á sus melancólicos pensamientos.

III

En aquella hermosa tarde de mayo y casi á la misma hora en que el Rey y el guarda departían tan familiarmente como han oído nuestros lectores, sentados á la puerta de la casa de que ya se ha hecho mención hablaban también Paca la viuda y su hijo, y por una coincidencia natural hablaban del mismo asunto.

La viuda tenía sesenta años; había sido muy agraciada, pero á la sazón estaba envejecida. Vestía con decencia y suma pulcritud.

Valentin era un arrogante mozo de 21 años, alto, esbelto, nervioso, de ojos expresivos, de tez primitivamente blanca, pero curtida por la acción del aire y del sol. Sus correctas facciones tenían un sello de energía que armonizaba grandemente con la agilidad y soltura de sus movimientos. Su camisa y su traje de campo brillaban por su aseo.

La madre hacía calceta, el hijo limpiaba un azadon.

—Yo te agradezco lo que haces por mí,—decía la buena mujer mirando cariñosamente á su hijo,—pero mira, Valentin, si quieres darme gusto renuncia á esa maldita costumbre, porque no me atrevo á llamarle oficio. Tu padre fué un hombre de bien y yo quiero que tú lo seas igualmente.

—Pues qué, ¿no lo soy porque mate unas miserables piezas de caza? ¿Se van á morir de hambre por eso los holgazanes de los pueblos? ¿Le importa nada al Rey que yo imite á los tunantes de sus guardas, que ciertamente no se mantienen de legumbres?

—Hijo, las malas acciones no deben servir de ejemplo, Tú te apoderas de lo ajeno...

—De eso habría mucho que hablar. Además no puedo consentir que pase V. miseria, está V. delicada, ha vivido de otro modo, y ya lo ha visto V., si hubiéramos seguido como antes me quedo huérfano; y eso no, mi madre antes que todo.

—Sí, hijo mio,—replicó ésta enternecida,—pero lo justo es lo justo. Y luego, un poco de bienestar no compensa el eterno sobresalto en que vivo. La comida se me atraganta, el sueño no me alimenta; no vivo ni sosiego mientras faltas de casa; ¡y si te cogieran! ¡qué vergüenza, Valentin, no quiero pensar en ello!

—¡Madre!...

—Hijo mio, atiende á mis ruegos, dame gusto, busca otro oficio. ¡No sabes cuánto sufro! Si no quieres trabajar, yo lo haré hasta donde lleguen mis fuerzas; escardaré, seré lavandera, haré cualquiera cosa, pero comamos con tranquilidad un pedazo de pan.

—¿Trabajar V.? ¡nunca mientras yo viva!—exclamó el joven dando un violento golpe en el suelo con el azadon que tenía en la mano.

—¿Y qué, crees que no trabajo? ¿Supones que es ménos cansada esta continua preocupacion de mi espíritu, que los más rudos quehaceres? Vamos, hijo mio, sé bueno, compláceme, déjame quererte con tranquilidad.

—Pero, madre...

—Ya verás qué buena y alegre me pongo. ¿No comprendes que las cosas no pueden seguir así, que el mejor día te cogen, que hay cuarenta hombres que te acechan?

—¡Bastante caso hago de ellos! Son unos torpes miedosos. Lo que es por ese lado ya podían estar años y años... y además, madre, si V. supiera cuánto me gusta cazar! Cuando me veo en el campo, con mi escopeta que no falla nunca, con mi perro Sultan que parece que adivina mis pensamientos, no me trocaría por el príncipe de Asturias.

F. MORENO GODINO

(Se continuará)

IR POR LANA...

(Conclusion)

Los dos banqueros subieron al coche que estaba en la puerta, cuyo tiro reforzaron con un caballo delantero, y partieron para el castillo. Los primeros momentos transcurrieron en silencio. Luego Ruiz se decidió á hablar. Primeramente se condolió del hecho que ambos recelaban, luego dió á entender que la desgracia no era tan grande.

—Joaquin es un joven listo,—dijo—y su hija de usted hará un matrimonio de capricho, pero no tanto, porque el muchacho entiendo los negocios. Dé V. á un hombre hábil un bolsillo vacío y le llenará; dé á un necio una bolsa repleta y la vaciará en seguida.

Ruiz le oía sin decir nada.

Ruiz alentado por este silencio, que él suponía de aprobación, se fué animando por grados, y dadas sus condiciones poéticas y sentimientos, se despachó á su gusto.

—A pesar de todo,—decía—si esos muchachos se quieren, respetando la contrariedad de V., debo declarar que casi casi apruebo su conducta. V. me objetará con las conveniencias, pero esta palabra es vaga y baja. Vaya, renunciemos un poco á las conveniencias y dejemos obrar á la naturaleza. ¿Cuándo se comprenderá en esta tierra sub-lunar que hay algo más hermoso que las ideas sociales, cuales son los designios de Dios? ¿Cuándo llegará el día en que las palabras poesía, arte, amor sean algo más que frases banales? No se deben arrancar las flores á las praderas, el amor á los corazones y al alma los ideales de que vive. No se reduce todo á dinero, á

guarismos, á cálculos. Cada cosa en su lugar: lo alto arriba, lo bajo abajo. Debajo del traje está el cuerpo, en este el corazón y en el corazón el amor, el sentimiento. El que elige lo bajo no se elevará nunca, no será yo quien lo elija. Yo quiero la cabeza, no los pies; el cielo, no la tierra; la nube, no el guijarro; la... Pero perdona V., me exalto, mi entusiasmo será una majadería, mas no lo puedo remediar. Yo he nacido comerciante, calculador, positivista; por tanto, dispéñeme que no compadezca á usted demasiado. No se lo diga á nadie, se reirían, como se reían de Homero y de Colón. ¿Quiere V. crearme? Le envidio á V. Daria la mitad de mi fortuna porque este incidente que V. lamenta me hubiese sucedido á mí. ¿Comprende V.? ¡Desgraciado si no lo comprende!

Estaban cerca del castillo de *Las Veletas*.

Ranz, á quien la peroracion de su amigo parecía haber tranquilizado un tanto, descendió del coche. Ruiz le miraba, como tratando de adivinar el efecto producido por su elocuencia.

Al entrar en la posesión, le dijo:

—Permítame V. que penetre yo solo. Espéreme V. en el vestíbulo. Tendrá V. tiempo, mientras vuelva, de tranquilizarse y reflexionar. De todos modos, repito lo que ya dije: es V. feliz sin saberlo: envidio á usted.

Dicho esto, penetró en el castillo. En una pieza del piso bajo encontró á Joaquin solo.

—Amigo mio,—exclamó abrazando al joven,—puede asegurarse que tu matrimonio es un hecho. Tu futuro suegro está ahí fuera algo enfurruñado. Es un hombre duro, vulgar, obstinado; pero, querido, yo le he amansado. ¡Si me hubieras oído hace poco! He estado obeliscal. Pero ¿y tu ninfa? Que salga: es de cajón que os arrojeis á los pies del padre, esto siempre es de efecto. Vamos, vé á buscarla. Yo vuelvo al lado de Ranz.

—Está bien,—dijo Joaquin.—¿Usted opina que debemos caer de rodillas?

—Pues claro. Los dos á un tiempo, en silencio. Yo hablaré por vosotros. Anda.

Ruiz volvió al lado de su amigo.

—Calma, señor de Ranz,—le dijo,—le suplico que tenga prudencia. ¡Ah! ¡que no estuviese yo en su lugar! ¿Quiere V. cambiar? V. se lleva su hija, anuncia, dice, proclama á todo el mundo que se trata de la mía, la caso con ese belitre y asunto concluido.

Ranz parecía no prestar atención á la charla de su amigo.

Viendo que nadie salía á su encuentro, subieron al piso principal, alumbrados por el criado á cuyo cuidado estaba la casa.

En un rincón del recibimiento, divisaron dos bultos medio encogidos, medio sentados sobre un diván de vaqueta.

Ranz se abalanzó hácia los culpables, con el puño cerrado en ademán amenazador.

Estos cayeron de rodillas.

En el mismo momento Ruiz se interpuso entre ellos y el airado padre, como sirviéndoles de escudo.

La bujía que llevaba el criado, oscilando al aire de una ventana entreabierta, alumbraba muy mal.

—Yo pongo á estos jóvenes bajo mi salvaguardia!—exclamó Ruiz con acento solemne.—Señor de Ranz, la conducta de V. excede de los límites. Están en mi casa, y no toleraré que en una mansión de la cual he hecho el santuario de las artes y de la poesía, el más poético instante del hombre, el amor, sea víctima de los arrebatos de V. Señorita, Joaquin, levántense Vds.; aquí estoy para protegerles y defenderles si es necesario...

Los dos amantes pusieronse en pié. Ruiz no terminó su período con el ademán enérgicamente expresivo que exige la oratoria; sino que lanzó una exclamacion de asombro. No era Isabel y sí Rosario, su hija, la que tenía delante, con semblante compungido y con los ojos llenos de lágrimas.

Ruiz, estupefacto, miró á Ranz como interrogándole; pero este se hallaba mudo é inmóvil como una estatua y no se tralucía nada bajo aquella fisonomía de hielo.

En cuanto á Ruiz, es imposible describir su aspecto atónico. Su cara se tiñó súbitamente de los siete colores del prisma, desde el rojo al violáceo. Parecía amagado de un accidente apoplético.

Por fin recobró el uso de la palabra. Había llegado el momento de mostrarse hombre superior, haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón; mas no supo ó no pudo adoptar esta razonable determinacion. La necesidad de desahogar su despecho se sobrepuso en él á todas las consideraciones.

Cruzaron por su pensamiento mil ideas con mayor rapidez que los cristales de una linterna mágica. Se consideró abrumado por el ridículo, mistificado, engañado como un chino, con circunstancias agravantes.

Le habían escamoteado á su hija con su propio coche y en su misma casa. Aquella aventura chinesca que con tanto cuidado divulgara por todas partes y de la cual ya se hablaría en la mitad de Valladolid al día siguiente, con el aditamento del *quid pro quo*, iba á tomar proporciones gigantescas.

Recordaba al jefe de la estacion y al médico á quienes había enseñado la maldita carta que pregonaba su imbecilidad. ¿Qué bromas se les ocurrirían al *corro de guasones* del casino?

Pero lo que más le sublevaba era la presencia allí de su émulo, de su competidor, de su cordial enemigo Ranz. No obstante su aspecto impasible y serio, ¡qué fruicion interior gozaria! ¡Qué risa íntima, tanto más insultante por cuanto no asomaba á los labios!

¿Había sido Ranz engañado también ó fué cómplice en aquella farsa, para humillarle, para herirle por los mismos filos?

Esta última suposición le desesperaba; estuvo á punto de pedir explicación al banquero, pero la vanidad ó el miedo, ó quizá ambas cosas le disuadieron de su propósito.

Hizo lo que los débiles; ensañarse con la parte flaca.

— ¡Miserable! — dijo dirigiéndose á Joaquín, — ¿cómo ha cabido en tu cabeza tan infame complot? ¡Sierpe venenosa! ¿cómo has abrigado tanta ponzoña contra un bienhechor lleno para tí de abnegación y de grandeza?

Entonces á su vez intervino Ranz, trató de apaciguar á su compañero y lo consiguió á medias.

Entre tanto Rosario se había dejado caer en un diván y Joaquín con aire de hipócrita resignación hacia esfuerzos para contener la risa.

La llegada de dos personajes dió más realce á esta escena.

Eran Isabel acompañada de su tía.

— ¿Qué venis á hacer aquí? — preguntó Ranz.

— ¿Qué venimos á hacer? — contestó ésta resueltamente; — pues á dar una lección á este caballero que nos quería hacer cargar con el mochuelo.

— ¿Luego tú sabías?...

— ¿No había de saber? gracias á mí, á este señor le ha salido el tiro por la culata: justo castigo de su imbecilidad.

VII

Un mes despues, Joaquín y Rosario estaban casados.

Con gran sorpresa de Ruiz aquél no quiso aceptar el dote que le ofrecía no por cariño, sino por no comprometer su reputación de hombre desinteresado y queriendo además aparentar que la boda se había hecho con su beneplácito; pero Joaquín resistió á las repetidas instancias del banquero, haciéndole comprender que su amor hacia Rosario había sido desinteresado.

— Señor de Ruiz, — le dijo. — Yo también soy poeta y artista á mi modo: tengo la poesía de la vergüenza.

Sólo quiso aceptar diez mil duros de la hijuela materna de Rosario, y habiéndose proporcionado una plaza de agente de cambio de la Bolsa de Madrid, fijó su residencia en la corte.

Un año despues de la verídica aventura que he relatado y de la cual aún se habla con chacota en Valladolid, el banquero Ruiz recibió la siguiente carta:

«Querido papá suegro: desde mi anterior nada nuevo tengo que decirle, nada ha cambiado en nuestro interior: Rosario y el nene siguen bien; pero con referencia á negocios estoy algo inquieto y pesaroso hasta cierto punto de haberme arriesgado á hacer operaciones por mi cuenta. Se habla de la salida del Ministro de Hacienda y hay quien supone también la del de Ultramar, á consecuencia del conflicto entre dos autoridades superiores de Cuba: usted sabe porqué y en qué sentido esto puede afectarme. En la última quincena del mes pasado y en los días que van de este he obtenido el beneficio siguiente:

Beneficio de noviembre.	60,000 pesetas
Operación en firme.	15,000
Sobre cupon.	12,000
Corretaje á deducir.	1,233—5 céntimos.

— ¡Cinco mil demonios que me lleven! — exclamó Ruiz interrumpiendo la lectura de la carta, y estrujándola entre los dedos. — ¡Pero Señor! ¿Será posible que esté siempre condenado á oír ó leer esta jerga? Ese imbécil apenas me habla de su mujer y de su hijo, y en cambio me marea con beneficios, cupones, corretajes y guarismos. ¿Qué me importan á mí estas cosas? ¿Dónde y cuándo me libraré de



REGRESANDO DE LA FAENA, cuadro por Jonnard

tanta prosa y de tanto materialismo? ¡Qué incompleta es la naturaleza! ¿Porqué me habrá hecho nacer mariposa para encerrarme en una colmena?

RAMON DE NOVELDA

CARIDAD DEL BRONCE

(EPISODIO DE LA VIDA MILITAR)

Mucho dió que hacer al enemigo el cañón de la batería núm. 10. Colocado por lo regular en una punta de la banda de fuegos, casi siempre tenía delante dilatados campos por donde pasar su escobon de rayos. A cada momento salía por su boca, eternamente abierta, un infierno de metralla. Y los ejércitos que llegaban ante el monstruo, rápidos y con sus alas desplegadas, se abatían exánimes como pájaros fascinados por un boa.

Nunca fué primerizo en tales lides. Brotó del horno, y desde el primer choque ya sus enormes flancos mostraban las huellas pavorosas del combate. Cubierto de verdes escamas, á causa de lo descascarado de su dura epidermis, parecía exhibir con orgullo sus desperfectos, como el veterano se engríe con sus cicatrices. A pesar de su peso, volaba con sus ruedas cuando se tocaba á reba-

to. Temblaba de hórrido gozo en medio de la pelea. Y aún despues del estampido de sus disparos, quedábase largo rato rugiendo, cual si deplorara no irse también con las balas á recorrer el espacio.

Os aseguro que era un bravo cañón. En mi calidad de jefe, yo pude apreciar todo el valor de aquel héroe de bronce. En los pasos más dificultosos y arriesgados era donde daba pruebas de sus grandes méritos. Él se ensanchaba en las llanuras, se angostaba en los desfiladeros, echaba raíces en las rocas, erguise en las murallas, se agachaba en los surcos, y finalmente, amoldábase á las situaciones diversas de la guerra con una pericia de general experimentado.

Sin embargo, cuando aquel talador de sembrados, destructor de pueblos, y segador de hombres, se recalentaba, era cruelísimo. No había modo de contrarestar sus vómitos de llamas. Parecía poseído de una fiebre de león. Apenas sentía el ardor de la pólvora en sus entrañas cuando, sacudiéndose irritado, lanzaba lejos de sí las olas de su aliento emponzoñado. Nubes de humo agitábanse en torno de su cabeza como melenas de gigante convulsionado por la ira. — ¡Basta! ¡basta ya! — decíamos al implacable devastador; pero él continuaba mugiendo, llamando, cegando y ensordeciendo como un engendro de la tempestad, como un aborto del abismo, que se



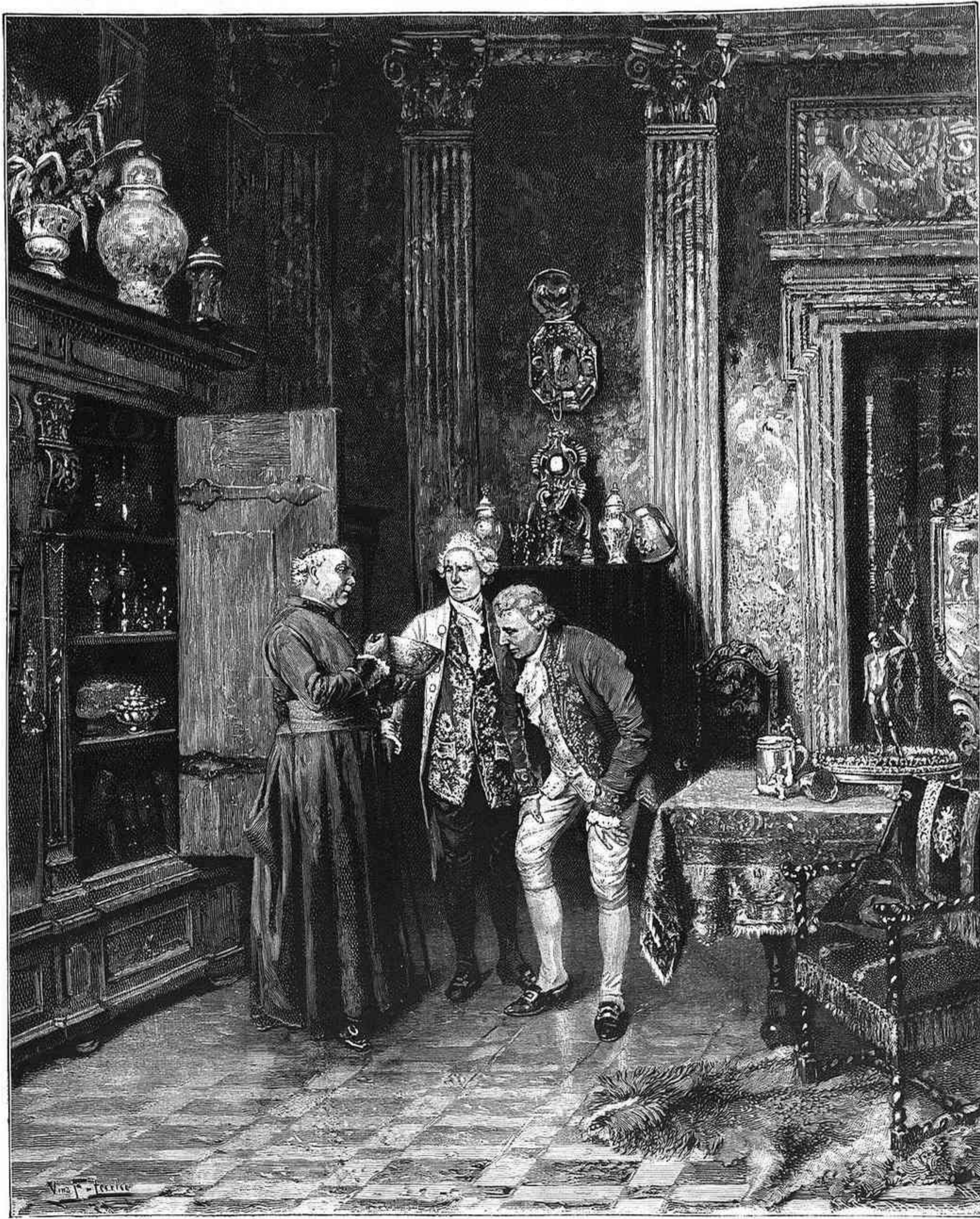
embriagara en la satisfacción de no cumplidas venganzas.

Gloriosa fama dió á la fábrica en cuyos hornillos se forjó. El era la más perfecta obra que produjeron las fraguas de su paterna fundición. Es verdad que fueron necesarios hercúleos esfuerzos para construirlo. Formóse un fogon donde la ulla entraba por quintales; y como para inflamar aquel monte de combustible precisara un soplo de huracan, púsose un fuelle, cuyos latidos de sístole y diástole obedecían al empuje de un gran río encajonado. Trajéronse de todas comarcas artífices expertos en el manejo del hierro fundido. En una palabra, aquel sublime aparato de la muerte recibió en sí toda la suma de vida inteligente que contiene el hombre.

Su arrojo, con todo, pudo ser su perdición. Un día avanzó hácia las filas contrarias más de lo conveniente, y cayó prisionero. Cuando su voz calló pareció muda la batalla. Una tristeza de cementerio extendióse en todos nuestros semblantes. Cada cual parecía acusar á su vecino de la causa de aquella desgracia. Este sentimiento no tenía nada de exagerado. Aquel cañon encerraba una fuerza moral superior á la de muchos capitanes. Con él, los soldados eran invencibles. El desaliento se encendía al pasar junto á aquel atleta de metal, siempre impávido, siempre ardiente, y siempre audaz é incontrastable.

— ¡Muchachos! — gritó nuestro jefe. — ¡A tomar el cañon! — Y todos, furiosos, desesperados, terribles y avasalladores como un torrente que se desborda, nos precipitamos tras de su conquista. Los plomos de los fusiles cruzaban á nuestro lado con lúgubre silbido; las espadas enemigas centelleaban sobre nuestras cabezas con siniestro resplandor. Pero nada nos aterrizzaba. Llegamos al campo contrario, y no bien descubrimos nuestro cañon cuando nos arrojamos sobre él. Estaba colocado al borde de un precipicio, y ántes de poner en su cuello querido nuestros brazos, rodó á la sima con estrépito atronador. El enemigo lo habia despeñado al abismo, para que no cayera en nuestras manos.

¡Vencimos! Aquella accion espantable nos alcanzó la victoria. El cañon fué llevado en hombros de nuestros soldados y trasportado en triunfo al campamento. Cuando arribamos á la ciudad inmediata, todo el pueblo nos esperaba con coronas. Voces de aclamacion resonaban por todas las calles. Los balcones estaban cargados de muchachas, bamboleándose bajo tan dulce peso como árboles abrumados con su fruto. El regocijo arrastraba á la poblacion, enloqueciéndola, amaratando todas las caras, poniendo rígidos todos los brazos, y en revolucion todas las cosas flotantes: cortinas, ropas, puertas, muestras de comercios, colgaduras de ventanas, guirnaldas de arcos de triunfo y estandartes de cofradías religiosas. Allí iba, entre nosotros, cabizbajo y rodando con un rumor sordo el conquistado cañon. Una trasformacion adivinábase haber sufrido en su extraña naturaleza. Venia como avergonzado; sin duda meditaba un plan de con-



LO MEJOR DE LA COLECCION, cuadro por E. Lerche

ducta para lo venidero. Era evidente que le disgustaba la ovacion que nos tributaba el pueblo. Algun grave proyecto fraguaba en su cabeza impenetrable.

La primera noche que dormimos en la ciudad, quedó el cañon abandonado. La mayoría del ejército fué alojada en un convento antiguo, medio arruinado, y servible sólo en tiempo normal para albergue de escuela. En tal recinto acomodóse principalmente la gente menuda de la soldadesca. El refectorio de los monjes hizo de dormitorio; las despensas, de cuadras; el templo, de almacén de vituallas, arneses y aperos militares. Muchas celdas de los pisos altos suplantaron las tiendas del cuartel general. Y era cosa de ver y oír, ya bien entrada la noche, el cruzar de pantalones rojos y el crujir de sables á lo largo de los claustros, donde, en otros tiempos moró la sombra, la mansedumbre y el silencio.

Lo desacomodado del lugar junto con mis propias cavilaciones alejaron de mí todo asomo de sueño. Era la noche hermosa, fresco el aire, perfumado el ambiente, sereno y luminoso el cielo. Frente á mí abría su boca enorme claraboya, que debió servir de marco, siglos atrás, á algun roseton de vidrios pintados. La luz filtróse por allí formando gasas irisadas, como las ondas vaporosas de una cascada. Ahora, la luna derramaba en amplias sábanas de plata sus pálidos rayos, no tan pálidos, sin embargo, como los sueños de mis esperanzas. La soledad del sitio, el reposo de la noche, la vaguedad de las sombras, mi propio estado, en fin, de letargosa quietud, dejaron caer mi

mis truenos enmudecieron, mis relámpagos se apagaron, mis centellas están encadenadas, y no volverán más á taladrar el espacio... Ven, pobre niño, yo te daré amparo en mi seno; yo te resguardaré del frío de la madrugada; yo te espantaré los perros hambrientos... Duerme, duerme, hijo mio... y no temas de la inconstancia de mi caridad, porque mi caridad es una caridad de bronce.

No aguardé á oír más. Bajé precipitadamente las escaleras, y fui al sitio donde estaba el cañon. En efecto, un niño dormía dulcemente dentro de su boca. No sé si cuando lo desperté para darle mejor abrigo, el cañon zumbó extrañamente, como fiera que ruge tenuemente en su letargo; lo que sí recuerdo, es que mi mano sufrió una herida al chocar con el bronce, y que se asemejaba mucho á una dentellada. — Ahora bien, ¿queréis saber el fin de esta historia?... El niño, hecho trompeta de nuestro regimiento, murió de fatiga en la primera jornada... Nadie se condolió de esta sencilla catástrofe. Pero yo, que conocia las hazañas silenciosas del cañon, no podía mirarle sin temblar, sin sentir un hondo estremecimiento en mi conciencia... Algunos dias despues de este suceso, nos vimos, en una marcha, atacados de improviso por el enemigo... Todos pusimos nuestra ayuda en el glorioso cañon... Mas éste, al primer disparo, estalló, arrastrando consigo las tropas que le rodeaban. Del mismo modo que su amor á los niños habia sido grande, su odio á los hombres fué tremendo.

JOSÉ DE SILES.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentacion*, 2 tomos. — *Escultura y Glicptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON